



HISTORIA DE LA ARGENTINA

Vicente D. Sierra. (Volumen VIII). *Epoca de Rosas. Primera parte (1829-1840)*. Editorial Científica Argentina, Buenos Aires, 1969. 679 pp.

AUNQUE suena a hipérbole, parecería que en este volumen, el octavo de su estupenda "Historia de la Argentina", el señor Sierra se ha superado a sí mismo. Es que exponer con toda puntualidad, precisión, claridad y verdad, lo que fue el asesinato de Dorrego, y lo que ese infame crimen de los unitarios significó en el país, y como éste reaccionó ante aquella monstruosidad de los adláteres de Rivadavia, y cómo el caos que siguió a ese hecho requirió el brazo fuerte de Rosas, como con certera visión lo había anunciado San Martín, es lo que en la primera parte de este volumen expone Sierra (pp. 1-371), y lo que fue, no la tiranía, pues no la hubo jamás, sino la dictadura de Rosas, entre 1835 y 1840, es el tema de la segunda parte.

Si todavía hoy existen quienes, por su ascendencia unitaria o por desconocimiento de los hechos, hablan de la tiranía de Rosas, y no tienen sino epítetos recios con que calificar a ese mandatario, como horrorizados ante tanta supuesta degradación y tanta imaginada arbitrariedad, quedarán sorprendidos, en caso de que lean esta obra, y forzosamente tendrán que modificar sus apreciaciones y juicios. Nada en absoluto de apologético hay en este

volumen, pero en él los hechos no han sido distorsionados para servir a fines inconfesables, sino expuestos en toda su integridad, y ellos bastan y sobran para que Rosas aparezca en toda su grandeza, de suerte que se explica el aprecio que le profesaba San Martín, hasta donarle su espada.

Es posible que alguien considere esto como una novedad, una ruptura con la tradición, pero no es así. Choca, es verdad, con el sentir de algunos historiadores, herederos del odio unitario, y está en las antípodas de lo que generalmente se enseña en las escuelas y colegios, pero desde hace media centuria hemos podido comprobar, no sin alguna sorpresa al principio, que Rosas cuenta con las simpatías y con la admiración de la casi totalidad del pueblo argentino.

Es que la generalidad de las gentes no tendrá ciencia, pero tiene una maravillosa intuición, y adivina dónde hay verdad y dónde falsía, e inconscientemente pero acertadamente rechaza ciertos próceres de escayola, por más que se los ha inflado, y se abraza con los próceres que saben que en verdad son tales. Eso del revisionismo, tan traído y llevado por los que sostienen que la historia es dogmática y en ella, como el poema del Dante, hay Paraíso y hay Infierno, es objeto de "facecios" por parte de las gentes argentinas, en su casi totalidad, aunque los pocos componentes del sanedrin, equivocadamente crean que el pueblo está con ellos.

La verdad es inexpugnable, y tarde o temprano triunfa, y después de leer este

volumen de Sierra nos persuadimos que el triunfo ya no es exclusivo del pueblo, sino también de todos aquellos que, dejando de lado las anécdotas y los chistes, los crímenes y asesinatos a granel urdidos por los enemigos del hombre fuerte, lean sin prejuicios este volumen tan serena como documentalmente elaborado por Sierra.

Eso, claro está, no quiere decir que Rosas no cometiera errores, y que dejara de derramar sangre, pero en lo uno y lo otro, no hicieron menos sus predecesores, entre ellos Rivadavia, ni hicieron menos sus sucesores, entre ellos Mitre y Sarmiento, y si el gobierno de Rosas fue "esperado y deseado", y fuera de una minoría insignificante cuantitativamente aunque no cualitativamente, todo el pueblo, bajo su férula, gozó de paz, sosiego, felicidad personal y colectiva, lo que no puede decirse de gobierno alguno anterior o posterior, desde 1810.

Esa fue en verdad una época de verdadera civilización y de auténtica cultura, mientras que la de los llamados proscritos "demostraron —escribe Sierra— tal incompreensión que, necesariamente, estimaron cultura el simple plagio de formas vitales foráneas, sin advertir que hacerlo era manifestación de barbarie cultural" (27) y fue "el sector que se supuso expresión para combatir oposiciones" (28). Más adelante, y después de recordar Sierra que los auténticamente bárbaros, de acuerdo con la semántica romana del vocablo, no fueron los devotos del ideario nativo, sino los intelectuales que intentaron proteger la "invasión de bárbaros", o sea la de "los de afuera", hechos ideas en lugar de hombres, escribe que "la época de Rivadavia fue una verdadera invasión de barbarie sobre el campo de una cultura argentina, cuyas posibilidades fueron notorias en la época de Rosas y que, si no alcanzaron a cuajar firmemente en altas expresiones intelectuales, ello se debió a que la juventud de 1837 había sido intelectualizada por el rivadavianismo, y era hija espiritual del vacío ideologismo de sus maestros, y en su capacidad intelectual, supuesta o real, sólo vieron un factor para ganar el poder. Por eso mismo, el romanticismo que mostraron en determinado momento fue expresión del aspecto más desgraciado de dicha tendencia, expresada en el lagrimeo poético, del que apenas pasaron conversos que sólo caben en antologías de buena voluntad".

Hoy que la cuestión de las Malvinas ha adquirido tanta vivencia en el querer del pueblo argentino, cabe recordar con Sierra (342) que "fue Juan Manuel de Rosas el gobernante que con más tesón, y durante más tiempo, mantuvo la afirmación de los derechos argentinos sobre las Malvinas. Pasaron luego por la primera magistratura del país Urquiza, Derqui, Sarmiento, Mitre, Avellaneda; ninguno de ellos se ocupó

del asunto. Sólo en 1884, siendo presidente de la República el general Julio A. Roca, al recibir una reclamación del ministro británico en Buenos Aires, Mr. Edmundo Monson, porque en algunos mapas del país figuraban las islas Malvinas como formando parte de la Nación Argentina, pidió antecedentes sobre el asunto, oficialmente olvidado. Para el estudio de la cuestión se recurrió a un legajo titulado "Importante sobre Malvinas", de puño y letra de Rosas, en el que se encontró toda la documentación oficial sobre el debatido problema. Dicho legajo estaba en poder del Dr. Adolfo Saldías, quien lo entregó al general Roca, el cual, dada la gravedad de los hechos, volvió a reclamar, en defensa de los derechos argentinos, ante la corte de Londres, posición que el país ha mantenido desde entonces con el mismo tesón que se ha procurado que no se enseñe en ninguna escuela ni colegio la actuación de Rosas en el problema, a fin de facilitar a los docentes poder dedicar más tiempo a honrar a Sarmiento".

Bravas son, pero bien fundadas, estas expresiones, y lo son igualmente aquellas otras (p. 361): "Sarmiento no despreció a Quiroga ni a Rosas. Lo que despreció fue la manera de ser del pueblo argentino, las creencias, las necesidades, las preocupaciones y los hábitos de su país que ellos representaban. Lo que despreció fue lo argentino. Y lo despreció a tal punto que creyó escribir contra Quiroga y contra Rosas pintándolos como auténticos exponentes de la realidad argentina, con lo que, sin suponerlo, hizo el elogio de ambos. Así, sobre Quiroga y Rosas agregó:

"Facundo Quiroga es el tipo más ingenuo de la guerra civil de la República Argentina; es la figura más americana que la revolución presenta...

"Facundo Quiroga es el tipo más ingenuo de las tradiciones populares; en la política y revoluciones argentinas; en Rosas, su heredero, su complemento; su alma ha pasado en este otro molde más acabado, más perfecto.

"Rosas no es un hecho aislado, una aberración, una monstruosidad. Es, por el contrario, una manifestación social, es una fórmula de una manera de ser de su pueblo."

Estos y otros muchos asertos no concuerdan con los acuñados después de Caseros, para servir a fines políticos del momento, pero tienen amplísima base en este VIII volumen de la monumental "Historia de la Argentina", elaborada sin prisas y sin pausas, y, lo que es más, sin fobias y sin filias por quien es, hoy por hoy, en tierras argentinas, el más representativo hijo de Clio.

**Guillermo
Furlong S. J.**